CAMPO POLITICO.—

"Sólo una Política Racional y Popular Será Capaz de Afrontar los Problemas del País"

"Sufrimos una profunda desintegración moral.— Una política de promesas vacías ha creado la desconfianza y el desprecio.— Soluciones concretas, esfuerzos y sacrificios nos permitirán luchar contra la miseria y elevar la condición de vida del pueblo"

TEXTO DEL DISCURSO QUE EL SENADOR EDUARDO FREI PRONUNCIO, A TRAVES DE UNA CADENA RADIAL, EN EL CUAL DIO RESPUESTA AL MANIFIESTO DE LOS INDEPENDIENTES

Hace algunos días, comités representativos de miles de ciudadanos independientes proclamaron candidato a la Presidencia de la República al senador EDUARDO FREI.
Iguales manifiestos se han publicado por comités de Antofagasta, Valparaíso y Concepción.
Dando respuesta a ellos, el senador Frei pronunció el discurso cuyo texto publicamos a continuación:

Los Comités Independientes organizados a través del país me han hecho el alto honor de señalar mi nombre como candidato a la Presidencia de la República.

Agradezco esta designación y comprendo en toda su magnitud la responsabilidad que significa. Por eso mismo creo mi deber definir las ideas básicas que inspirarán nuestra acción, que son las mismas que expuse ante el electorado de la provincia de Santiago y que éste respaldó con una abrumadora votación.

Más que en otras elecciones, la nación entiende que elige un régimen y su destino cuando elige Presidente, porque el poder que le otorga es un valor incorporado con raíces profundas a nuestra tradición política.

Si analizamos los últimos períodos en que se ha renovado el Poder Ejecutivo, podemos observar la falta absoluta de concordancia que ha existido entre el proceso de llegar al poder y su ejercicio.

Para llegar todo estaba permitido: la promesa irresponsable y desproporcionada y la combinación de fuerzas organizadas sólo con vistas electorales. Por eso en el Gobierno han demostrado sus contradicciones y fracasos y han creado en el pueblo desconfianza y amargura.

Hoy nos encontramos frente a extensos sectores dominados por algo peor que la desconfianza, que es la falta de fe y respeto en las instituciones jurídicas y en los hombres que representan y dirigen nuestra democracia.

Esto es aún más grave si consideramos la verdadera desintegración moral que sufrimos y la pesada atmósfera que con razón se extiende alrededor de servicios e instituciones que manejan los intereses públicos.

Por eso la primera necesidad del país es imponer una severa conducta moral que castigue a los delincuentes y recupere valores que son la condición previa para toda gestión gubernativa.

REFORMAS EN EL ORDEN POLITICO

Esta actitud que deberá reflejarse en la vida entera de la nación exige algunas reformas concretas en el orden político.

Es necesario sanear el mecanismo de la generación del poder a través de una ley electoral que permita que la voluntad del pueblo se manifieste de una manera auténtica y no se burle por medio de combinaciones, listas y preferencias en que la habilidad, el dinero o la suerte desvirtúen la voluntad del elector.

Es fundamental que el Parlamento recupere la plenitud de sus funciones de legislador y fiscalizador, dándole verdaderas herramientas jurídicas y de asesoría técnica para que las ejercite, y se abandone el pernicioso sistema de las consejerías parlamentarias que entraban su independencia, confunden su labor y cuya distribución rebaja su dignidad y prestigio. Por razones secundarias se ha hecho un daño incalculable a nuestra vida institucional y a los fundamentos de este Poder Público. Muchos vergonzosos acontecimientos podrían haberse evitado si hubiera los medios de una fiscalización adecuada.

El Estado, cuya misión tiene una importancia decisiva, debe disponer de una herramienta eficaz en su Administración Pública, que, más que costosa, es ineficiente.

El país vive, en muchos aspectos, una verdadera parálisis: el culto al trámite, el horror a la responsabilidad, postergan la solución de muchos problemas básicos; la concentración de servicios monolíticos, la falta de jerarquía en las funciones y remuneraciones está operando una selección al revés; que hace imposible disponer de los elementos humanos, capaces de administrar con autoridad y de resolver con oportunidad y eficacia, en los organismos del Estado.

El pueblo paga esta ineficacia en mil injusticias, demoras y postergaciones, y tanto los servicios como las obras públicas, tienen un lento ritmo de trabajo, que muchas veces no pueden romper funcionarios de la mejor calidad; pues deben vivir más para llenar papeles y cumplir normas burocráticas, que para realizar y construir.

Nada podrá emprenderse si no hacemos de la Administración Pública un intrumento más moderno, ágil, eficiente y responsable, lo que está vinculado a su organización y al respeto al mérito y a la antigüedad y no al apoyo político, tanto como a las remuneraciones, en especial en los cargos de mayor importancia técnica, para crear el estímulo, confirmar la autoridad y permitir la selección.

Todas éstas, sin embargo, no son sino las condiciones previas para abordar los problemas de fondo que, a nuestro juicio, son los de orden social y económico.

Los problemas de fondo

Si recorremos el país podemos comprobar un hecho central: la economía se ha desarrollado de una manera insuficiente en relación con las necesidades de la población. Esto se refleja en una desocupación latente o disfrazada y en una renta nacional que crece muy lentamente. Se presenta el hecho de que en los últimos treinta años la renta nacional, dividida por el número de chilenos, permanece estacionaria, lo que se traduce en escasez de escuelas y habitaciones; en falta de caminos y atraso en los puertos y ferrocarriles; en redes de agua potable insuficientes; en baja productividad agraria y en un ritmo de industrialización reducido, a pesar de todas las afirmaciones en contrario. Si comparamos nuestro ritmo de capitalización y de desarrollo agrario, industrial y minero con la mayor parte de los países de América latina, encontramos, a través de índices irrefutables, que tenemos un crecimiento más lento y un ritmo más retardado.

En una palabra, la población ha crecido más rápidamente que el aparato productivo económico y por ello hay angustia y hambre en muchos hogares, escasez y dificultades en otros.

El mundo que nos rodea invade nuestras mentes con el espectáculo de una civilización que progresa vertiginosamente y que realiza gigantescas transformaciones. Y mientras en nuestro pueblo, que es inteligente, aumenta la presión de los deseos legítimos de un mejor nivel de vida, su economía manifiesta cada día más su incapacidad para satisfacerlos.

A ello se agrega su dramática inestabilidad: depende de uno, o dos productos de exportación y fluctúa entre presiones inflacionarias, a veces desatadas, y para contenerlas períodos de desocupación y depresión en que baja la productividad y se generan nuevos impulsos de inflación, que corroen moral y económicamente al país.

Sin embargo, este cuadro no engendra en nosotros el pesimismo.

Nuestro medio natural no es más hostil que el de otros pueblos que han conquistado lugares de preeminencia en la historia. Hasta ahora, ninguna adversidad nos ha vencido y, por el contrario, todas ellas han contribuído a las profundas virtudes que las pruebas despiertan en los pueblos fuertes.

Los hechos demuestran que nuestra tierra está cargada por minerales decisivos para el desarrollo de la gran industria en el mundo y cuyo porvenir, cualesquiera que sean sus fluctuaciones, constituyen una poderosa palanca de progreso. Nuestros bosques y campos, nuestros mares y desiertos contienen riquezas que deben servir a nuestro destino. La energía hidroeléctrica, el carbón y el petróleo nos abren un porvenir sin las angustias que torturan a otras naciones e incluso a grandes imperios.

Indudablemente nuestra riqueza no está vinculada a la facilidad.

Nada llega a nuestras manos sin esfuerzos, y en muchas ocasiones sin duro sacrificio. Esa es nuestra herencia y constituye nuestro signo y lo mejor que hay en nosotros.

Somos un pueblo capaz de conquistar la prosperidad a base de inteligencia y trabajo.

Si la frustración y el desengaño han entristecido el rostro de los pobres y de muchos hombres que sienten el deseo de realizar, ello no quiere decir que se haya agotado la generosa corriente de energía popular de que todos vivimos, su rápida inteligencia y destreza, y la histórica capacidad para las grandes empresas.

A pesar de una orientación educacional evidentemente inadecuada para las tareas nacionales, tenemos hoy nuevas generaciones de empresarios, profesionales, técnicos y obreros de valor excepcional, que sólo aspiran a incorporarse en un grande y ordenado esfuerzo de recuperación y progreso.

Bajo el descontento y las decepciones se percibe con claridad la impaciencia por superar las diferencias y dificultades que nos detienen para construir de nuevo una expresión dinámica y creadora de nuestra nacionalidad.

El contacto con el pueblo y la juventud, con los empresarios e intelectuales, revela una ansiedad por encontrar una expresión política que conduzca al Gobierno y se puedan aprovechar sus energías potenciales.

Pero si esta visión de nuestra patria no nos permite el desaliento, tampoco debe permitirnos la complacencia.

La tarea de reconstrucción no puede esperar; la inflación, la miseria y el empequeñecimiento de nuestra economía son los hechos del presente. Si no somos capaces de vencerlos, el país será vencido por ellos.

TRES ALTERNATIVAS

No es dable concebir sino tres caminos para nuestra vida en el próximo futuro.

El primero es el ataque frontal a la inflación por los medios monetarios, crediticios y fiscales. Es posible, si el país lo resiste, detener el proceso, restringir el consumo y equilibrar la economía; pero si al mismo tiempo se detiene la inversión, se agrava la pobreza y se reducen las dimensiones de la economía. Es la estabilidad en la estagnación y la miseria que ninguna comunidad humana puede aceptar o soportar como norma de vida y que ningún país se propone hoy, sino en cortos períodos de reajuste o emergencia. Y casi siempre en regiones donde es posible a través del terror imponer el silencio.

El segundo es dar amplia libertad al proceso de expansión del consumo en la carrera de utilidades, sueldos, salarios y precios, con la fácil esperanza de que la producción pueda algún día ganar en velocidad a la inflación. El país ha hecho ya una amarga experiencia y sabe que, a cambio de cortos períodos de aparente bonanza no sólo se llega a la destrucción de la economía, sino a lo que es igualmente grave, a la destrucción de sus últimas reservas morales.

UN PLAN DE DESARROLLO ECONOMICO

El tercero de los caminos es una firme y ordenada política en restricción y ahorro a largo plazo, estrechamente coordinada con un vasto plan de desarrollo económico trazado sobre la base de criterios de prioridades de inversión en que primen fuertemente las más básicas y directamente productivas. Creo que este es el camino de nuestro país, porque nuestra situación actual, nuestra escasez de capitales y la situación mundial previsible en los próximos diez años no pueden dejarnos ninguna ilusión de que no sufriremos constantemente agudos desequilibrios y presiones inflacionarias, que sólo mediante la mayor sobriedad y una completa transformación económica podemos dominar.

Esta es la forma como muchas democracias han roto este dilema que las oprimía y han podido avanzar, aprovechando los revolucionarios descubrimientos tecnológicos, que hacen posible en algunos años cambiar la faz de un país.

No podemos seguirnos engañando: la forma como está viviendo nuestra democracia, hace que muchos estén pensando que por los actuales caminos no hay esperanzas y comienzan a evolucionar hacia sistemas extremos en que pueda conseguirse por la violencia lo que no se consigue dentro de la libertad y el respeto a la ley.

Si no realizamos este esfuerzo y las necesarias transformaciones, estaremos acumulando elementos devastadores. Los que creemos en la democracia como "el único camino para obtener una racionalización moral de la política" debemos darle la suficiente eficacia para que nadie sienta la tentación que ensombrece a otros pueblos: la mano de hierro de un estado policial que realiza en la violencia lo que no se supo conseguir por un progreso inteligente y libre Se engañan los que creen en una paz que vive en el centro de ciudades rodeadas de un cinturón de miseria, paz que se conserva más por el temor que por la convicción.

Este plan de desarrollo económico significa jerarquizar nuestros esfuerzos y los puntos de aplicación de la energía económica, pues siendo escasa no puede malgastarse, como hoy ocurre especialmente en el orden fiscal.

Si continuamos viviendo de frases, promesas o ilusiones, se hablará de luchar contra el hambre, cuando se sabe que al ritmo actual habrá más bocas y menos alimentos por nuestra baja productividad agraria: se ofrecerá repartir casas, cuando se construyen menos que el número de personas que nacen, se ofrecerá ocupación y lucha contra la cesantía y habrá menos oportunidades y más brazos, lo que significará presión sobre el Estado y aumento de servicios y burocracia.

Si en cambio nos proponemos en los próximos diez años un programa concreto y acelerado de desarrollo económico con una tasa anual de crecimiento del ingreso sustancialmente mayor que la de ahora, que es una de las más bajas entre las naciones de América del Sur, podríamos lograr para el pueblo ventajas reales que se traducirían en un mejoramiento verdadero de su nivel de vida; un plan habitacional que podría llegar hasta la construcción de 35.000 casas por año, un aumento en los ingresos de los asalariados, pues sin despojos, se podría obtener que el incremento del ingreso se orientara en su distribución en una proporción acentuada hacia los asalariados, de tal manera que creciendo el ingreso de todos los sectores, el de éstos fuera más rápido.

Esta mejor distribución significará a su vez un incremento del poder de compra por habitante, condición esencial para el desarrollo industrial y agrícola.

Un programa como este exige un aumento de las inversiones y del ahorro interno; reducción en el ritmo de los gastos del consumo público, aumento sustancial de los recursos que el Gobierno y el sector privado destinan a la inversión. Y lo que es igualmente esencial, un fuerte aumento de los préstamos e inversiones procedentes del exterior.

Comprendemos que un plan de esta magnitud cuya sola enunciación requiere más espacio, encontrará resistencias y significará esfuerzos y sacrificios, y reajuste de todas las actividades de la nación, algunas reformas institucionales y una revisión completa de nuestros sistemas y gastos previsionales pues respetando los derechos adquiridos debemos comprender que para el futuro no pueden seguir abusos, incongruencias y gravámenes, desproporcionados a nuestra economía.

ASPECTOS BASICOS: LA AGRICULTURA

Chile no logrará tener una economía vigorosa y estable que no precise de la tutoría directa del Gobierno si no modifica ciertas relaciones estructurales que inciden, a nuestro juicio, en cuatro aspectos básicos: las condiciones técnicas de la producción agrícola y una más justa relación entre los precios de la agricultura y de las actividades agrícolas; una mejor distribución de los ingresos; la diversificación de las exportaciones, ya que a ningún país se le podría aplicar mejor la fórmula de Churchill a Inglaterra: "exportar o morir"; la descentralización de la actividad económica, ya que el centralismo ha llegado a su extremo límite. La descentralización no es ya sólo una aspiración de las provincias, sino una condición básica de nuestra futura expansión, como sería fácil demostrar.

Pero de todas ellas debemos acentuar nuestro concepto en los que se refieren a la agricultura.

El país vive una progresiva concentración urbana y un rápido desplazamiento del hombre del campo hacia la ciudad.

Hemos gastado en los últimos diez años una cifra que se puede estimar en mil millones de dólares en comprar alimentos en el exterior. Si esta situación no se modifica serán inútiles todos los esfuerzos por desarrollar la economía y luchar contra la inflación.

Hablamos de disminuir los gastos en el Ministerio de Relaciones que suman alrededor de 4 millones de dólares, que con certeza podrían reducirse o gastarse de una manera más eficaz, pero nos olvidamos de este otro hecho ante el cual estas cifras resultan insignificantes. Mientras el país no modifique su situación en orden a la agricultura serán inútiles sus esfuerzos en cualquier otro campo de la actividad nacional y no hay factor que influya más en las condiciones de vida de la nación. Por eso el criterio fundamental que rija en los próximos años en el problema agrario ha de ser el de la productividad.

No vamos a modificar esta situación a base de planteamientos desmesurados, reñidos con las posibilidades concretas que presenta el cuadro político, económico y humano de Chile en estos años.

Desde hace cuarenta años al pueblo le ofrecen que le van a repartir las tierras, el pueblo vota y, por supuesto, no recibe ni tierras, ni comida. También le han ofrecido casas, y ahora el conventillo resulta mejor que la población "callampa".

Estamos ciertos de que por este camino no se realizará avance alguno. Por otra parte, no hay duda alguna que la agricultura chilena debe abastecer al país, por lo menos en una proporción muy superior, y que no puede seguir presentando un cuadro de retraso social y económico que ninguna misión u observador extranjero deja de constatar y que por lo demás conocen todos los chilenos, salvo los que deliberadamente quieran negarlo.

Es indudable que la agricultura necesita precios justos y mercados estables. Esto es universal y no podemos negar que, hasta ahora, nuestros agricultores, y no pensemos en un pequeño grupo, sino en los que trabajan de norte a sur, en muchos aspectos han tenido una vida precaria, inestable y postergada.

Hay que darles los precios y los estímulos, pues lo más caro es que no haya producción o se pague inmensamente más, para ir a enriquecer a los agricultores de otros pueblos y pagar salarios a los trabajadores de otras tierras. Esa es pérdida neta para Chile, para el productor y para el trabajador chileno, para toda la economía nacional.

Consecuencialmente con ello es preciso un régimen tributario que elimine todo privilegio odioso ante la opinión pública, pues ésta es una de las causas por las cuales el problema agrícola no se puede abordar: que ganen lo justo y paguen lo justo, como lo hacen empleados, obreros e industriales.

Un régimen tributario que favorezca al que produce pero que haga imposible y antieconómico el mantener tierras improductivas o de baja productividad.

Para el agricultor grande, mediano o pequeño que trabaja y rinde, el más amplio respeto y seguridad; para el que mantiene la tierra muerta, el peso de la ley tributaria que lo obligue a trabajar o a dejar esa tierra al que quiere trabajarla.

Así ocurre en el mundo libre y civilizado, y también debe ocurrir aquí y nadie puede sentirse alarmado. No hay peor enemigo de la propiedad que el mal propietario.

Sabemos que una política agraria debe consultar créditos a mediano y largo plazos redes de transportes y frigoríficos, aplicación de nuevas técnicas; regadío y aprovechamiento racional de las aguas; sistemas cooperativos y protección eficaz al pequeño y mediano propietarios; colonización de las grandes extensiones de terrenos fiscales y semifiscales, formando en ellas propietarios y dando así el ejemplo, pues a través de una política sería, puede lograrse que miles de chilenos lleguen a tener su propiedad agrícola.

En algunos años más se podrá avanzar hacia nuevos objetivos; pero estamos ciertos de que una política como ésta es la única, posible, y realmente vinculada al interés nacional, que puede llevarse a cabo en los años próximos. Aquí no estamos para imaginar reformas verbales sino para proponer los avances concretos que el pueblo necesita.

Esta política de efectiva y real ayuda a la agricultura significará un aumento de la productividad de la tierra y del hombre, permitirá mejorar los niveles alimenticios y reducir los enormes gastos en moneda extranjera y disponer de esos recursos para nuevas e indispensables inversiones.

Algunos creen que esta preocupación por la agricultura significa reducir el ritmo del desarrollo industrial. Error grosero, porque sin desarrollo industrial paralelo no habría posibilidades para el productor del campo, ya que sólo una masa urbana que encuentre ocupación y por la mayor productividad mejores salarios, podrá consumir a precios justos la producción agraria. Nada se saca con señalar precios a la agricultura, si no hay en las zonas urbanas una masa con poder de compra. A su vez las industrias requieren una agricultura floreciente que incorpore al mercado consumidor a la masa de campesinos y pequeños propietarios que constituyen el 30 por ciento de la población, mercado que las industrias necesitan imperiosamente, para su expansión.

Nuevamente podemos señalar la experiencia de países, incluso de América latina que han realizado esta progresión simultánea.

Si el país no hace este esfuerzo extraordinario en favor del desarrollo económico no se vislumbran las fuerzas que por su propio y natural impulso puedan sacarlo de su estagnamiento e inestabilidad.

En efecto, dada la escasa capitalización de los últimos diez años, la inercia en el desarrollo de la economía y las fluctuaciones en el precio del cobre, se puede estimar que en el próximo decenio el producto bruto crecerá aproximadamente en un dos por ciento. Si se considera que la población crece igualmente en un dos por ciento, el ingreso por persona, o sea el nivel de vida queda estancado. Es la estagnación en la pobreza, y ninguna promesa, discurso o ley modificará esta situación, porque no se puede inventar lo que no existe, y eso hará más agudas las tensiones sociales y más débil la existencia de nuestra democracia.

UNA POLITICA EXTERIOR

Fundamental es asimismo dentro de esta concepción una política internacional definida.

Somos solidarios con la suerte de la democracia y estamos ligados por pactos y acuerdos dentro del Hemisferio. Pensamos en una cooperación activa, dentro de comunes propósitos con las otras naciones en América.

Una política que no se funde en la amistad y en la comprensión con la América del Norte llevaría al país a un callejón sin salida. Esto no es renunciar a la defensa de nuestros intereses y derechos, sino la posibilidad precisamente de defenderlos y hacerlos valer obteniendo para el país la reciprocidad y el justo trato en sus relaciones internacionales y económicas.

Esto es reconocer los hechos y la conveniencia fundamental del país. Ni el entreguismo, ni el odio pueden ser fundamento de una política para Chile y los chilenos. Necesitamos créditos, precios y oportunidades legítimas, que no se mendiguen, sino se negocien con dignidad, dentro de una asociación digna que nace de iguales concepciones democráticas y de la realidad de vivir en un mismo continente.

Seguir otro camino es hacer pagar a la gran masa los errores de quienes pretenden ignorar esta realidad que nadie que no esté cegado por la pasión podrá desconocer.

Por otra parte, hechos ocurridos en otros Continentes nos obligan a no seguir planteando en un terreno romántico o discursivo el problema de nuestras relaciones con los pueblos de América latina.

Podemos constatar la formación de poderosas integraciones económicas que crean nuevas gravitaciones políticas y amplios mercados, que permiten aprovechar integralmente la capacidad productiva y científica de grandes conglomerados humanos. Estos hechos nos hacen ver con claridad meridiana que nuestra suerte e importancia está ligada a las posibilidades de una mayor integración económica, a la formación de mercados comunes, que permitan la expansión de nuestras economías, un mayor y más amplio ámbito de competencia económica como una condición para nuestro progreso y mejoramiento. Esto ya pasó del plano de las intenciones para convertirse en una exigencia vital.

No podemos vivir una política mediocre, con una opinión pública cuya atención vive del escándalo, el rumor o el pequeño incidente, ignorando estos fenómenos que constituyen el primer plano en el pensamiento y en la acción de viejos o nuevas naciones que buscan conservar o conquistar un sitio rector, al cual está ligado el nivel de vida de sus pueblos. En esto no podemos engañarnos indefinidamente.

Proponer otra cosa al país es sin duda alguna proponer la irresponsabilidad o la desesperación como únicas alternativas.

Nuestra tarea desde ahora es la de formar una profunda conciencia pública sobre la necesidad y posibilidad de esta política, con la confianza de que el país está preparado para ello. Sólo así podremos despertar el impulso creador capaz de realizarla.

Tres direcciones fundamentales.

Ese gran impulso histórico debe encontrar su expresión en tres direcciones fundamentales: la conducción estable y ordenada del Estado, el sentido colectivo de responsabilidad y la lucha nacional contra la miseria.

Ninguna tarea puede emprenderse a breve plazo. Realizar un esfuerzo de esta magnitud requiere tiempo, porque ésta es tarea de gobernantes y no de magos y lo que es igualmente importante, una conducción estable. Ninguna empresa por modesta que sea resiste los continuos cambios en los comandos directivos o en los objetivos que se propone. La estabilidad no reside sólo en que una persona ocupe un cargo, un período constitucional determinado, si durante él se mueve con distintos colaboradores hacia metas diferentes.

Por eso creo que el primer compromiso que se debe contraer para conducir un gobierno es dar estabilidad en los objetivos y propósitos y no vivir como juguete de las circunstancias políticas; estabilidad en los procedimientos y formas de acción y estabilidad en los equipos de hombres encargados de realizar el Gobierno.

Lo demás es sobrevivir, pagar todos los precios por enterar un plazo constitucional; transarlo todo por guardar las apariencias de un mandato que no se cumple.

Esta tarea no puede ser, por otra parte, labor de un hombre y ni siquiera de un grupo de hombres.

Durante largos años hemos seguido el peligroso e infantil camino de descargar la responsabilidad colectiva en los hombros de la persona elegida para asumir la Presidencia de la República. Ningún tipo de personalismo, ningún mesianismo político se avienen con nuestra dignidad como pueblo y con nuestra madurez democrática. Siempre los hemos combatido y nuestra filosofía política y nuestra acción de más de 25 años así lo demuestran.

Tampoco puede ser solución seguir esperándolo todo de la dictación de leyes, decretos y reglamentos. Muchos problemas son resueltos en la ley o en los reglamentos, pero quedan en el papel como excusa para la inercia y pretexto para esconder la carencia de realizaciones.

Pocos países tienen más leyes sobre habitaciones y menos casas.

La incorporación activa, libre y espontánea de toda la comunidad en un esfuerzo organizado y conjunto bajo un autoridad estable, es la responsabilidad de esta generación y debe convertirse con severidad en una medida de valores que rija las actividades de la Nación.

Sin este sentido en el más modesto funcionario, en los empresarios y en los dirigentes gremiales, no podrán afrontarse los grandes ni los pequeños problemas. Y esta es también la manera de crear una verdadera descentralización humana, tan necesaria, como la económica y la administrativa, que permita en cada provincia a los diversos organismos asumir sus tareas con mayor libertad y también con mayores obligaciones.

Este sentido de la responsabilidad no es patrimonio exclusivo del Estado o de las organizaciones políticas.

Ella debe residir fundamentalmente en las Universidades, porque a la incorporación de los conocimientos científicos y técnicos, está vinculada hoy de una manera directa e inmediata la condición de vida de una nación. Nunca como hoy, es de la inteligencia humana de donde surgen los instrumentos concretos que modifican los medios de producción y trabajo a través de revolucionarias transformaciones tecnológicas. Reside en la empresa que es el elemento activo básico de nuestra vida económica, la cual debe responder no sólo de la valorización de nuestros recursos; de la organización práctica y pacífica de la comunidad de trabajo, sino también de la rápida y eficiente incorporación a nuestra vida de los bienes materiales de la civilización contemporánea; y en las organizaciones gremiales cuya importancia no sólo reside en la defensa y promoción del trabajo en un siglo en que éste adquiere tan principal importancia; sino en tomar conocimiento y responsabilidad en el mecanismo económico del cual son parte decisiva y asumir la plena responsabilidad que significa su poder y su número en la comunidad nacional.

ESTADO Y EMPRESA PRIVADA

Algunos, todavía enquistados en un doctrinarismo de superficie, que ha probado su fracaso prácticamente universal, pretenden fundar plataformas de carácter electoral en un falso e inconsistente dilema entre el Estado y la Empresa privada. En un país en pleno desarrollo como Chile no podemos aceptar como dogmas absolutos ni la primacía económica de un Estado, cuyos recursos y potencialidad deben emplearse en tareas vitales, ni la primacía de la empresa privada, cuyos comienzos muchas veces vacilantes o insuficientes requieren el apoyo del Estado.

El Estado gestor del bien común tiene en Chile, como en todas las naciones, un papel muy importante, pues no puede aceptarse que intereses privados dominen la vida de una nación.

Le corresponde al Estado cumplir las tareas básicas sin las cuales será imposible incluso la expansión de la empresa y la iniciativa privada.

El desarrollo de la energía; las redes de transportes; la modernización de los FF. CC.; los embalses y grandes obras de regadío; su aporte en el plano habitacional, son tareas, entre otras, que por sí solas consumirán en los próximos diez años sus recursos financieros y humanos y cuya realización condicionará todo el desenvolvimiento de la actividad privada.

A la empresa privada le queda todo el ancho de la actividad económica y desconocer su valor y su libertad, dentro del recto cumplimiento de sus funciones y del necesario encuadre que exige el bien común de la sociedad entera, es una actitud tan retrógrada como desconocer el valor y la libertad del movimiento sindical, dentro de sus fines legítimos y sometidos a iguales y superiores limitaciones.

Este dilema que algunos presentan, desconoce la realidad y es efectivamente posible definir para los próximos diez años cuáles serán las tareas básicas del Estado, que no puede renunciar a ellas, y cuál el campo de la empresa privada, que el Estado no debe invadir, sin menoscabo de su misión superior y esencial.

No está el país para crear ficciones cuando sabemos que estas dos instituciones, cada una en su jerarquía y en su finalidad, deben concordar su acción para comunes objetivos. Lo grave es mantener la indefinición en las tareas, la inestabilidad en los criterios, la falsedad en las posiciones, que consisten en rechazar toda acción del Estado y acudir siempre a él o hablar de un intervencionismo desatado, cuando se sabe que es necesario y fundamental que las empresas sean estables, prósperas y gocen de la necesaria libertad para desenvolverse.

Hoy ya no es excusable seguir ignorando que la ciencia y la técnica; la acción rectora del Estado; la iniciativa de la empresa y la promoción del trabajo por sus propias organizaciones, son las grandes fuerzas concretas que concurren a la civilización. Tomar partido contra cualquiera de ellas es tomar partido contra la realidad y el progreso, y crear tensiones que hacen imposible una vida democrática.

LUCHA CONTRA LA MISERIA

Por sobre todo creo, con la más profunda convicción, que mi deber es plantear al país y exigir sin reserva ni matices a todos los que nos acompañen, una terca e insobornable voluntad en la lucha nacional contra la miseria. Ella puede significar un grave recargo en el esfuerzo económico; pero si la economía no sirve a todos los hombres y a todas las familias y niños de Chile, carece de sentido.

La habitación digna, el agua, el alimento, la salud, la luz y la educación son exigencias que sobrepasan todo plan y todo pensamiento sobre la marcha y el destino del país. Su carencia nos hiere en los hogares, que son la razón más alta de la nacionalidad, y en los niños, que son lo más sagrado del presente y porque son, cada uno en su destino, nuestro porvenir.

Mientras cerca de tres millones de chilenos viven en condiciones inhumanas, sin casas y sin agua potable, sin luz y sin servicios esenciales, incluso sin protección policial y miles de niños carecen de escuelas estamos viviendo una democracia sobresaltada y, en muchos aspectos, engañosa. No hay ninguna consideración que pueda retardar o condicionar esta tarea. Sabemos que exige tiempo, sacrificios, organización y recursos. Pero hay que emprenderla y que el pueblo no sólo sepa, sino que constate, que el fundamental esfuerzo de la comunidad nacional, sin debilidades, está dirigido a resolver este pavoroso problema que corroe las bases de toda convivencia pacífica.

Nadie puede ofrecer un igualitarismo económico reñido con la realidad; pero sí que el primer escalón de la vida social comience en un plano de dignidad humana.

Por eso, la primera y fundamental obligación ante la cual nada podrá torcernos será la defensa de los pobres, a quienes el Estado es el llamado a servir de una manera primaria y esencial.

Un mejoramiento radical de nuestras técnicas y un aumento organizado de nuestra productividad deben darnos la mayor riqueza, los nuevos y mejores empleos y los elementos más económicos y adecuados para derrotar a la miseria.

Pero no podemos llamarnos a engaño y seguir disimulando en el juego de los compromisos partidistas que la estructura misma de nuestras actividades económicas deberá también ser puesta en revisión para que sea realmente posible una mejor redistribución de los ingresos sin la cual no tendremos ni justicia ni estabilidad.

Nuestro dilema ya, definitivamente impostergable, no ofrece otra alternativa: no habrá recuperación ni estabilidad económica, moral o política de ninguna clase si no es sobre la base de un rápido y vasto esfuerzo nacional y de un común sacrificio para terminar con la miseria.

Justicia en la distribución

Tengo el más profundo convencimiento de que si realizamos un plan de desarrollo económico, en los próximos 10 años habremos vencido estas dramáticas diferencias, no tratando inútilmente de redistribuir un ingreso escaso, sino redistribuyendo un ingreso creciente.

Es un axioma que constatan los estudiosos de cualquiera tendencia: en un país subdesarrollado con una economía estagnada son abrumadoras las diferencias en las rentas: riqueza y miseria se contraponen.

Es un axioma también que una economía en desarrollo produce, me atrevería a decir, casi automáticamente sin despojos ni violencias inútiles, una más justa distribución.

Ella exige sanear las finanzas fiscales y detener las presiones inflacionarias, para lo cual es fundamental un régimen tributario en que cada uno pague de acuerdo con su capacidad y que nadie burle la ley, evadiendo estas obligaciones, como ocurre hoy en un grado vergonzoso.

Para desarrollar la economía en nuestro mundo se requieren multiplicar el trabajo y proporcionarle los conocimientos y el instrumental técnico: esto significa más industrias, más productividad en el campo.

Ello exige hombres más inteligentes, mejor educados, con más alto nivel y consumidores con poder de compra.

No hay manera entonces de concentrar los ingresos en pequeños grupos, sino que el incremento del desarrollo trae el incremento en el número de hombres calificados que serán la mayoría del pueblo, los cuales tendrán una participación más adecuada y justa en la distribución de la renta nacional.

Los sectores que deben estar más interesados en el mantenimiento de las instituciones democráticas, son los que más perderían con la destrucción de estas instituciones y por eso deberán ser los llamados a comprender que su conveniencia está ligada al progreso económico y a la justicia en la distribución.

TAREA NACIONAL Y POPULAR

Ante una exigencia tan grave como es derrotar la miseria y mejorar nuestras estructuras económicas y sociales, debemos unirnos y hacer de ésta una tarea nacional y popular ineludible, esencialmente democrática, y sería absurdo levantar frente a ella banderas sectarias, para envenenar al país con problemas resueltos en la constitución y en la vida de la nación. Nosotros no los hemos planteado y en cuanto de nosotros dependa los rechazamos.

Nuestra democracia tuvo ya, en el pasado la sabiduría y la vitalidad para superar esta clase de luchas de carácter religioso, conquistando una honrosa tradición de libertad y tolerancia.

El movimiento independiente que me proclama está compuesto por hombres de todas las religiones y procedencias ideológicas: católicos, entre ellos yo, que nunca he ocultado, mi posición, ni por conveniencia, ni por cobardía; protestantes de diversas confesiones y hombres que no profesan ninguna religión.

Estos hechos me permiten afirmar solemnemente ante la ciudadanía que si me fuera dada la responsabilidad del Gobierno, el Ejecutivo no estaría sujeto a otra tutela o influencia pública o secreta que la del interés público y la soberanía nacional, en los objetivos que persiga, en el desarrollo de su acción y en la provisión de los empleos.

Comprendo que es difícil abordar y definir todos los aspectos esenciales que significa una campaña como ésta.

Equipos numerosos de profesionales, empresarios, técnicos y dirigentes de trabajadores elaboran prospectos concretos que definirán nuestra acción.

No he pretendido señalar un programa, pues sé lo fácil que es confeccionarlos y lo pronto que se olvidan.

He querido definir criterios y un cuadro de ideas a través de los cuales juzgamos la realidad presente y miramos hacia el porvenir.

Yo quiero decir con absoluta claridad: éstas son las ideas que nos inspiran y ninguna ventaja electoral o política nos desviará de ella. Proclamado por Uds. y con la autorización de la directiva de mi partido, cuya generosidad y amplitud nunca agradeceré suficientemente, inicio una campaña que llegará sin vacilaciones ni debilidades hasta la elección, cualesquiera que sean sus alternativas.

Comprendo, porque soy un hombre de Partido, formado en disciplinas democráticas y educado en el Parlamento, cuán decisivo es el apoyo de los Partidos políticos para llegar al Gobierno y gobernar.

Buscaremos por eso, además del respaldo de nuestro partido, acuerdos responsables con los partidos de clara expresión democrática, pues soy el primero en reconocer su importancia; pero también, como los respeto, lo haré siempre dentro de esta línea nacional y popular que constituye la razón de ser de nuestra acción. Lo peor es engañarse y engañar para conseguir apoyo a cualquier precio, pues es preferible sacrificar el éxito fácil y ser leal a las propias convicciones.

A través de Chile he visto la madurez del pueblo, el anhelo de sus juventudes; la inquietud de sus empresarios, intelectuales y maestros. Ellos no se conforman con que estemos perdiendo nuestro lugar en América, conocen nuestras reservas y están ansiosos por desterrar este realismo calculador que desconfía de las grandes empresas, y que nos ha ido encerrando en un estrecho círculo en que más valen los papeles que las decisiones; el formulismo que los hechos, que ha empequeñecido nuestra visión y cegado los impulsos de un pueblo joven.

Estas ideas que sustentan miles de hombres y mujeres constituyen la fuerza que nos mueve, y que no podrá ser detenida por los ataques, ni por la insidia, ni por calculados silencios; justifica nuestra posición y nos hace marchar con firmeza inquebrantable hacia adelante.

JUNTA DE AERONAUTICA CIVIL

La Junta de Aeronáutica Civil se reunirá en Audiencia Pública el martes 30 de julio de 1957, a las 18.30 horas, para conocer de la siguiente materia:

Solicitud de la "Sociedad de Transportes Aéreos de Chile" —TRANSCHILE LIMITADA— sobre alza de un 50% de las tarifas de pasajeros y carga de su servicio regular de transporte aéreo autorizado entre Santiago, Antofagasta y Arica.

La Audiencia se efectuará en Huérfanos 812, Of. 608.

Se publica el presente aviso en cumplimiento del artículo 7.o del Reglamento respectivo.

SECRETARIO GENERAL.

SE VENDE ex Taller Mecánico
(Suc. Gmo. Scheiding)
Prensa balancín; horno grande de pizarreño para secar pinturas; fierro en plancha y lotes recortes; 185 cajas estañas 0.33 por 0.36 por 0.065; un alero con 32 fonolitas; tableros; tornillos mecánicos pata larga; motor trifásico 1|4 HP. blindado; compresora para pintar, etc.
GALVEZ N.o 1117
(Lado Avda Matta). Se atenderá sábado de 9 a 12 y de 15 a 18 horas.

CARGOS MEDICOS
La Sociedad Hospital Purranque necesita proveer para el 1.o DE SEPTIEMBRE PROXIMO los siguientes cargos:
1 MEDICO-CIRUJANO
para médico-residente y
1 MEDICO-PEDIATRA;
ambos cargos con renta equivalente a 8 horas del Estatuto Médico Funcionario y con posibilidades de clientela particular.
Enviar y pedir antecedentes: PURRANQUE, CASILLA 10
HOSPITAL PURRANQUE, S. A.